

diversión honesta. La dificultad estriba en que se dé un baile con tanto arreglo.

Dejando á todos que hagan lo que quieran en sus casas, volviendo á la mía, digo: que ya fatigados de saltar, beber y charlar, se fueron poniendo en quietud á más no poder, porque los más no se podían tener en pie.

Los músicos arrumbaron sus instrumentos junto á las sillas, y ellos se acostaron en ellas lo mejor que pudieron; las mujeres se amontonaron en el estrado, y los hombres se pusieron á contar cuentos y á hablar ociosidades para no dormirse, pues no tardaba en amanecer, como deseaban, para irse á tomar café.

Las disposiciones no eran muy malas; pero ellos ni ellas eran dueños de sí, sino el aguardiente que los narcotizaba más y más á cada minuto.

Con esto, unos hablando y otros oyendo simplezas, se fueron quedando dormidos unos por un lado y otros por otro, siendo de los primeros Enero.

La señora mi madre ya se había recogido bien temprano, encargándome que cuidara la casa, como lo hice, pues aunque tenía sueño como el mejor, no me atreví á dormir, temeroso de que no se fuera alguno á llevar alguna cosa. Es un demonio el interés. En el estado de la salud pocas cosas desvelan á los hombres más que él.

Alerta estaba yo velando á todos y oyéndolos roncar

y vaciar el estómago cual más cual menos. No me era muy grata esta música ni estos olores; y á más de eso, ya no podía sufrir el sueño.

Es verdad que el zaguán estaba cerrado y yo tenía la llave, por lo que bien me podía haber acostado; pero me detenía el considerar que en casa no había más que mi madre, yo y una criada buena, pero vieja y dormilona, que no madrugaba si el mundo se volcara de arriba abajo. Mi madre no era justo que se levantara á abrir á aquellos bribones á la hora que á cada uno se le quitara la borrachera y quisiera marcharse para la calle, y así no había otro centinela más que yo, que para no dormirme me puse á divertir con los dormidos á mi entera satisfacción, como que sabía que dormían, los más, con dos sueños, el natural y el del aguardiente.

Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es exponerlo á la irrisión de cualquiera, como les sucedió á éstos conmigo; pues á unos les tizné las caras, á otros les escondí varias cosas, á otros les cosí unos con otros, y á todos les hice mil maldades.

Amaneció el día, corrió el ambiente fresco, abrí el balcón, y á vista de la luz y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles, fueron despertando; y mirándose unos á otros las caras llenas de jaspes y labores, no podían contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fué levantarse que

oir, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos.

Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las había inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo no reparan en eso; el caso es divertirse á costa ajena, y como esto se logre, nada les importa hacer una maldad que perjudique el interés y aun la salud de los demás.

Pasado el primer fervor del enojo, limpias unas, remendadas otras, y todos más serenos, se marcharon para el café ó á sus casas, menos Januarió y tres ó cuatro amigos suyos y míos, que como más gorriones y sinvergüenzas se quedaron hasta apurar en el almuerzo las reliquias del día anterior; pero por fin, almorzaron, y viendo que ya no quedaba más que repelar de la fiesta, se fueron á la calle y yo á mi cama.

Dormí como un podenco hasta las doce del día, á cuya hora me levanté y hallé á la pobre vieja cocinera hecha un Bernardo contra los bailadores.

—Señora, decía á mi madre, ¿no es brava sinrazón la de estos perdularios, que después de haber tragado y divertídose todo el día, pusieran la casa como la han puesto? Mire usted, señora, todo el día se me ha ido en limpiar sus porquerías; porque ¡Jesús! ¡Cómo estaba todo! era un asco. Un vómito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra



Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las había inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo no reparan en eso; el caso es divertirse á costa ajena, y como esto se logre, nada les importa hacer una maldad que perjudique el interés y aun la salud de los demás.

oir, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun varios hechos pedazos.

Una parte de ellas su pesar, mas otras renegaban del mismo dolor que las habia inferido tal daño, que no podian soportarlo; pero los tunantes como yo no reparan en eso, el caso es divertirse á costa ajena, y como esto se logre, nada les importa hacer una maldad que perjudique el interés y aun la salud de los demás.

Pasado el primer fervor del enojo, limpias unas, descompañadas otras, y todos más serenos se marcharon hacia el salón de sus cuartos, donde almorzaron y tres á cuatro horas después y cuando ya estaba la tarde y cuando ya se empezaban á sentir los efectos de la noche se fueron al dormitorio las señoras y señoras para almorzar, y cuando ya se empezaban á sentir los efectos de la noche, se fueron al dormitorio las señoras y señoras para almorzar, y cuando ya se empezaban á sentir los efectos de la noche, se fueron al dormitorio las señoras y señoras para almorzar.

Después de haber pasado hasta las diez del día, á cuya hora se acabó y bailó á la pobre vieja cocinera hecha un hervido contra los bailadores.

— Señora, venga á mi madre, ¿no es brava sinrazón la de esos parularios, que después de haber pasado y divertidos todo el día, pusieran la casa como se han puesto? Mire usted, señora, todo el día se me ha ido en limpiar sus parquerías; porque ¡Jesús! ¡cómo estaba todo! era un asco. Un vómito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra



A. V. M. III

... lo mismo fué levantarse que oír, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos

por otro lado; hasta la sala, señora, hasta la sala estaba hecha una zahurda. ¡Ah fú! ¡qué gente tan sucia y tan grosera! Pero lo que yo más he sentido, señora, han sido las macetas. Mire su merced cómo las han puesto. Todas están destrozadas. ¡Ay, qué gentes van á los bailes de tan mal natural, que no contentas con tragar, divertirse, emborracharse y emporcar la casa, todavía hacen mil maldades como esta!

Mi madre consoló á la viejecita diciéndole:

—Dice usted bien, nana Felipa; son unos pícaros, indecentes, groseros y malcriados los que hacen tanto mal en las mismas casas en que se divierten; pero ya, por ahora, no hay remedio. Ya usted sabe que mi marido no era amigo de estas jaranas, y así yo no tenía experiencia de semejantes groserías; pero le empeño á usted mi palabra, en que será la primera y la última.

No me gustó mucho esta sentencia, porque como ni yo gastaba el dinero, ni trabajaba en nada de la función, hubiera querido que siguieran los bailecitos en mi casa, á lo menos tres veces á la semana.

Sin embargo, no me metí por entonces en otra cosa más que en reirme de la vieja, y á la tarde á buena hora tomé mi sombrero y me salí para la calle.

Volví por la primera á las nueve de la noche, y hallé á mi madre algo seria, pues me dijo: ¿que dónde había estado? Que extrañaba en mí tanta licencia; que yo era